



Care Santos

El loco de los pájaros



DESTINO

El loco
de los
pájaros

Care
Santos

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1595

© Care Santos, 2023

© Columna edicions, llibres i comunicació, S.A.U.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-233-6273-8

Depósito legal: B. 468-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Schieffelin & Co.

Troglodytes

Una ola de frío se acerca a Nueva York. Hoy la temperatura todavía es agradable, aunque fresca, como corresponde a finales de noviembre. Mañana será diferente.

Corre el año 1889. Las ventanas del salón de casa de los Schieffelin están abiertas. Por ellas pueden verse los aún raquíticos arbolitos de la avenida Madison y las aceras desiertas. El desayuno se ha servido con la opulencia de todos los días, aunque los Schieffelin siempre han sido frugales, y ahora más que nunca. En sus casi cuarenta años de matrimonio apenas han desayunado separados media docena de veces.

A un lado de la mesa, más cerca de la ventana, está Eugene, un hombre magro, de abundantes y muy bien cepillados cabellos grises, con un vago aspecto de escritor ruso de su tiempo. Va vestido de calle porque hace poco ha regresado de su paseo matutino, y de negro estricto porque está de luto desde que hace tres semanas murió su hermana Martha. Toma notas en un cuaderno con la expresión contrariada de quien no da con la palabra que busca.

Al otro lado está Catherine: elegancia ausente, movimientos armónicos, facciones suaves. Aún no se ha vestido, y su atuendo consiste en una bata de seda y una manta que le abriga las piernas. Sobre la nariz, sus gafas de leer, de montura dorada. El cabello recogido con cuidado en un moño esponjoso, de color gris. Paladea su taza de té mientras lee el *New York World* con el interés y la atención de todos los días.

Schieffelin resopla por tercera vez. Catherine levanta la mirada de las páginas del diario:

—¿Qué te ocurre, Gynx? —pregunta.

Él chasquea la lengua.

—Este lápiz es un desastre. —Lo arroja sobre la mesa con el gesto de quien capitula después de una larga lucha.

Cierra los ojos contrariado. Suelta otro bufido. Catherine dobla el periódico y lo deja sobre la mesa. Sabe que el problema no es solo el lápiz. Adivina la angustia de Eugene aunque él no la nombre. Demasiados años de convivencia. Con esta manía de no hablar por no preocuparla, en realidad la preocupa mucho más. Se dispone a tener con él una conversación seria cuando suena un aleteo y ambos levantan la mirada hacia una de las volutas de yeso del techo.

—Tenemos visita —dice Eugene.

Allá arriba, iluminado por la claridad dorada de la mañana, los ignora un pequeño pájaro pardo-rojizo, con las alas algo más oscuras, tan rechoncho que desde abajo parece una bola de plumas.

—Un *Troglodytes troglodytes* —observa él sin atisbo de pedantería.

Es decir, un pájaro de pequeño tamaño y gran vivacidad. Tiene la cola muy enhiesta y la mueve de continuo, como si estuviera nervioso. Son comunes por aquí, aunque raramente entran en las casas. Demasiado asustadizos. Veremos cómo acaba esto.

Se abre la puerta y llega con paso militar la rubicunda Edith, la criada irlandesa, vieja como ellos y como su convivencia, hasta el punto de que allí es considerada el tercer miembro de la escueta familia.

Los encuentra a los dos mirando hacia el mismo punto del techo y también ella vuelve la cabeza.

—Oh, qué les parece —masculla—. ¿Quién es ese?

El *Troglodytes* está incómodo en la moldura. No es un animal sociable. No de este modo.

—Es un *wren* —explica Schieffelin—, aunque hay quien le llama chochín, monteriza, ratonero... No sabemos si macho o hembra, porque en esta especie no se da dimorfismo sexual.

—Ah, vaya —murmura la criada impresionada.

A algunos el pájaro les podría parecer poca cosa. Mide apenas cuatro pulgadas. No pesa ni media onza. Es decir, diez centímetros y doce gramos. Sin embargo, desborda energía, curiosidad y no es insignificante en absoluto. Tampoco es silencioso. Se suele decir de él que tiene un canto alegre y agudo, aunque esa es una apreciación exclusivamente humana, alejada de la verdadera naturaleza de sus cosas.

De un brinco el ave alcanza la cornucopia, la pila de periódicos, la mesa. Revolotea un poco hasta la chimenea y se esconde tras uno de los elefantes japo-

neses de porcelana. Edith suelta un grito y se tapa con las dos manos la boca, en la que faltan algunos dientes. Masculla:

—¡Pobrecillo! ¡Le ponemos nervioso!

Edith tiene razón. El lugar no es propicio para el pájaro. No parece haber aquí nada que comer (ni larvas, ni arañas, ni ciempiés). Escarbaría el suelo, pero desde la distancia no parece buena idea. En efecto, no lo es: ese colorido brillante y geométrico es tan solo el diseño de una alfombra carísima.

Schieffelin se levanta dispuesto a ayudar al animal en apuros. Aparta el pesado elefante, una antigüedad del siglo xvii que compraron en Londres hace más de veinte años, y el chochín revolotea con torpeza, se estrella contra el espejo y regresa a la moldura incómoda. Desde allí los mira y dice algo a su modo: «Trittrittritrit, trit».

—Trae una escoba, Edith —ordena Schieffelin, y la criada sale a toda prisa y regresa armada con el escobón del patio.

Eugene toma el mango de madera, lo levanta, realiza maniobras para espantar al pajarito de donde está. Lo consigue. El *Troglodytes* revolotea de nuevo —más gritos de Edith—, se posa un instante ante una hilera de libros, brinca para volver a la repisa, junto a otro de los elefantes de la colección de Catherine, y allí se queda, muy quieto, palpitante, vuelto de espaldas a ellos.

Se siente raro aquí. Su mundo es el sotobosque. Los arbustos tupidos, en especial. Vive en uno, en el parque, cerca del lago, a resguardo. De día merodea por los alrededores, comiendo lo que hay y escapando.

do de los gatos y los córvidos, que están por todas partes. Conoce su hábitat lo bastante para saber que más allá de las verjas fronterizas del parque y de las cabezas de los caballos de alquiler se extiende un bosque de piedra al que los humanos llaman ciudad, y en el que de vez en cuando merece la pena adentrarse.

Schieffelin se acerca despacio al visitante.

—Ven aquí, muchacho —susurra—. Te enseñaré el cami...

El pajarillo intenta levantar el vuelo, pero Schieffelin reacciona con rapidez y, tras dos movimientos bruscos, logra apresarlo. Lo retiene entre sus manos abombadas.

—No te asustes —le dice—. Ya está.

Lo lleva a la ventana y lo deposita con cuidado en el alféizar, donde se acomoda también el primer hilo de sol del día. El chochín da un saltito, y otro, y otro más, hasta el borde de piedra, agita la cola una vez más, en lo que a los humanos les parece una despedida, y emprende un vuelo elegante para encaramarse a uno de los arbolitos de la calle.

—Buen viaje —le desea Eugene, volviendo a la mesa.

—¿Puedo cerrar las ventanas? —pregunta Edith, que hace un rato vino para eso.

Catherine asiente. Hace frío aquí.

—Hoy vamos a tener suerte —dice Edith mientras cierra los batientes, las contraventanas, los pesados cortinajes y sume la sala en su semipenumbra habitual (mucho sol no es bueno para los muebles ni para los libros, sentencia siempre Catherine)—. Mi

abuela decía que cuando un pájaro entra en una casa, atrae la fortuna.

Catherine parece despertar del encantamiento en que estaba para decirle a la irlandesa:

—El señor ha perdido su lápiz, Edith. Búscalo por toda la casa, haz el favor.

Edith asiente sin preguntar. Algo tendrá ese lápiz cuando desvela tanto al señor, aunque ella no pueda imaginarlo. Se acerca al elefante de la repisa para moverlo un milímetro, como si el *wren* hubiera desarreglado la perfecta caravana que adorna el salón. Se aleja un poco para mirarlo y suelta un gruñido de aprobación.

—De un momento a otro esperamos al doctor Ludlow —sigue Catherine con sus instrucciones—. Ocúpate de que todo esté preparado.

La criada, con la altanería de un mariscal de campo y la barbilla tan enhiesta como hace un instante la cola del *Troglodytes*, replica:

—Hace rato que lo está, señora.